

CONSIDERACIONES EN TORNO A LA METAMORFOSIS DEL INTELLECTUAL LATINOAMERICANO EN LOS AÑOS NOVENTA

María Jimena Montaña

Universidad Nacional de Quilmes / Universidad Nacional
de General Sarmiento (Argentina)

Resumen

El presente trabajo aborda una serie de transformaciones en el campo intelectual argentino iniciadas hacia fines de los ochenta y principios de los noventa, impulsadas por el agotamiento de una determinada forma de intervención intelectual y de una identidad asociada a cierta imagen de intelectual que podríamos denominar "clásico". Este proceso de mutación de los intelectuales dio lugar a la emergencia de una serie de "nuevos actores" que acabaron colonizando el espacio público en la década del noventa. Este contexto, marcado por el impacto que la mutación de los vectores de expresión ha tenido en la monumental transformación de las formas expresivas de la práctica política, se caracterizará por la constitución del periodismo como un espacio privilegiado de la disputa por la definición del sentido de los asuntos públicos. Nuestro objetivo es dar cuenta de estos desplazamientos problematizando las tensiones generadas por la redefinición de la categoría "intelectual".

Palabras clave: transición, democracia, intelectuales, mass media, periodistas

Pensar a los intelectuales en tanto productores de sentido que organizan esquemas de inteligibilidad constituyendo la subjetividad de un período supone pensar, a su vez, la relación de estos con la sociedad y el papel que desempeñan en ella.

En este sentido, los años ochenta y noventa han sido para el campo intelectual (1) argentino una época de extensas reubicaciones ideológicas, de reestructuraciones del propio campo y de sucesivas mutaciones en las culturas políticas que acabaron repercutiendo en el ya de por sí complejo vínculo entre intelectuales, Estado y política.

Mucho ha sido escrito sobre el proceso de recolocaciones de los intelectuales durante la transición a la democracia en la Argentina. Las revisiones críticas de paradigmas y tradiciones realizadas por los distintos sectores con el objeto de que la democracia se constituyera en horizonte de posibilidad de las prácticas políticas, sociales y culturales, así como las polémicas que suscitaron estos desplazamientos, fueron ampliamente estudiadas por diversos autores (Patiño, 1998, 2003; Lesgart, 2003).

En cambio, el advenimiento de una serie de mutaciones en diferentes órdenes que iban desde el político a los tecnológicos y culturales, indicando el fin de una época y el inicio de otra que comenzó a hacerse evidente hacia fines de la década del ochenta, ha sido relativamente poco abordado desde la perspectiva de

la historia de los intelectuales. Sin embargo, la vida intelectual no estuvo ajena a esta transformación. Y de hecho, el comienzo de los años noventa bien podría ser caracterizado como un momento bisagra que, coincidiendo con el fin del siglo corto de Hobsbawm, se constituye en lo que Patiño llamó “una segunda transición”.

Específicamente, el triunfo de Carlos Menem en 1989 produjo un efecto de reacomodamiento en el campo político intelectual provocando que una serie de conflictos y tensiones comenzaran a atravesar un campo en el que ya de por sí convivían diversas visiones del mundo que permanecían en continuo movimiento a la búsqueda de una posición privilegiada.

Esta transformación pareciera haber dado lugar a un proceso de mutación de los intelectuales que se presenta articulado en torno a la redefinición de la propia categoría de intelectual como categoría social legítima, a un cambio en la forma de legitimar sus discursos y a una modificación en la forma en que se insertan en los asuntos de la sociedad. Podríamos decir que esta “metamorfosis intelectual”, se expresó en el “silenciamiento” de la izquierda y la amplificación de las voces de la derecha; aún si, estrictamente, la hegemonía del campo intelectual quedó en manos de un relanzamiento de los planteos liberales.

Atentos a no homologar sin más derecha con liberalismo, la siguiente propuesta de trabajo procura abordar estos desplazamientos, así como las transformaciones que se asocian al agotamiento de una determinada forma de intervención intelectual y de una identidad asociada a cierta imagen de intelectual que podríamos denominar “clásico”.

Inscribiéndonos en la senda abierta por aquellos trabajos que procuran anudar la reflexión sobre las ideas con la historia de la posición de los hombres de ideas en el espacio social, el análisis de ciertas batallas ideológicas de la vida pública que consideramos clave para la constitución de una cultura política democrática estable nos permitirá abordar la dinámica entre las transformaciones estructurales y las operaciones conceptuales y culturales necesarias para que se diera una transformación en los esquemas interpretativos que hegemonizaron la sociedad a lo largo de las últimas décadas.

En este contexto, la aparición del periodista como la figura principal del terreno ideológico, haciendo del periodismo un espacio privilegiado de la disputa por la definición del sentido de los asuntos públicos, será analizada en función del impacto que la mutación de los vectores de expresión ha tenido en la transformación de las formas expresivas de la práctica política.

“El ocaso del intelectual revolucionario”

(en) Contexto

Si bien es cierto que, tal como ha sido señalado por Quiroga (2003:204), no podemos desconocer que en coyunturas históricas diferentes, asoman diversos tipos de intelectuales que así como en ciertos períodos se acercan al poder y se politizan, en otros, toman distancia y pierden temperamento político para adquirir un perfil más académico. Tampoco podemos dejar de advertir que en la década del noventa, los procesos

de globalización y modernización modificaron profundamente las funciones y labores de los intelectuales en América Latina, y provoca cambios y discontinuidades en las modalidades del papel social del intelectual y en los discursos de legitimación que pueden ser interpretados en términos de una crisis del rol del intelectual clásico.

La hegemonía aplastante del mercado como mecanismo legitimador impuesta en los últimos años ha modificado sustancialmente las reglas del juego de la producción intelectual en todo el mundo. Dicho esto, al momento de pensar en las características particulares que adquiere esta transformación en nuestro país, es necesario situarla en el marco de fenómenos más amplios y no desatender al impacto que tuvo ese contexto internacional (que operó al mismo tiempo como fuente de motivación y condicionamiento) en la posición de los intelectuales argentinos.

En principio, podemos decir que el fin de la guerra fría acentuó la tendencia a la globalización de la economía y que desde los años ochenta, el diagnóstico neoliberal adquirió una posición dominante en el mundo de la mano del gobierno de Margaret Thatcher en Inglaterra y la administración del presidente Ronald Reagan en Estados Unidos. Si bien este último tuvo diferentes manifestaciones nacionales, "existió un común denominador en la caracterización de la resolución de una crisis juzgada como universal: la apertura económica, las privatizaciones, las desregulaciones y el equilibrio fiscal" (Quiroga, 2005).

Sin la pretensión de ser exhaustivos, siguiendo a Altamirano (2008:25) –junto al impacto de la dinámica globalizadora en las condiciones del trabajo intelectual– podemos señalar el desmoronamiento institucional, político e ideológico de la Unión Soviética y los regímenes comunistas de Europa del Este con la consecuente alteración del mapa de poder mundial que ello supuso; la mediatización de la vida política y cultural y la mundialización cultural entre otras como cambios de alcance global que deben ser considerados al momento de reflexionar sobre la metamorfosis de las identidades intelectuales.

De más está decir que el análisis del impacto que estos factores de índole global tuvieron en el campo intelectual latinoamericano deberá ser necesariamente complementado con el estudio de las particularidades específicamente argentinas o latinoamericanas.

(izquierda, democracia, capitalismo)

El contexto internacional marcado por la caída de la revolución, el derrumbe del comunismo y la crisis del marxismo provocó entre los intelectuales de la izquierda argentina el inicio de un período de revisión crítica del marxismo y de los regímenes del "socialismo real" que llevaron a una reestructuración parcial o total de sus tradiciones ideológico políticas, una redefinición de las tradiciones culturales y de sus relaciones con la política así como del lugar y la función del intelectual.

En el caso de países del Cono Sur de América Latina como la Argentina, este reconocimiento del fracaso del socialismo adquirió ribetes particulares como consecuencia de la experiencia de los autoritarismos de

Estado y la violencia represiva, de modo tal que la revisión de las tradiciones fue acompañada de una reflexión autocrítica acerca de la propia responsabilidad de la tragedia vivida.

Esta tarea de reconsideración crítica de sus tradiciones de pensamiento político se tradujo en un esfuerzo por componer una síntesis entre socialismo y democracia recuperando ciertos principios éticos del liberalismo que suponía una serie de transformaciones en torno a las culturas políticas. De aquí que los años 80 hayan sido caracterizados por lo que se conoció como una transición del "compromiso a la responsabilidad" o "de la revolución a la democracia".

Sin embargo, el fracaso del proyecto intelectual vinculado al alfonsinismo (que había llevado adelante la recepción de temas como el liberalismo y el pluralismo para componer una noción de democracia) llevó a que la segunda transición operada en los años noventa se tratase mayoritariamente de un repliegue hacia los campos de saber específicos, que puede ser leída como un pasaje del intelectual comprometido y revolucionario al "intelectual especialista" recluido en el recinto de la academia.

Si bien ciertamente resultaba necesario generar y fortalecer esa institucionalidad académica que por primera vez disfrutaba de cierta estabilidad, este "proceso de institucionalización del intelectual" o "inflexión academicista", como lo llamó Maristella Svampa (2007), contribuyó a que el campo intelectual de los noventa fuera hegemonizado por una suerte de pragmatismo tecnocrático predominantemente económico.

Tratando de no simplificar un proceso por demás complejo y de resultados aún inciertos, nos vemos en la obligación de señalar que si bien la trayectoria intermitente y de ningún modo lineal que estamos trazando corresponde primordialmente al recorrido realizado por un sector de la izquierda intelectual argentina, este no ha sido su protagonista exclusivo.

En el marco de este trabajo, estos desplazamientos del centro del campo intelectual hacia la institución académica adquieren gran relevancia no solo porque tendieron a la profesionalización de las Ciencias Sociales y a la consecuente consolidación de un campo académico que aceleró los procesos de especialización; sino, principalmente, porque liberaron espacios que favorecieron la multiplicación y la aparición de otras figuras que, actualizando sus discursos, se incorporaron a la lucha por el dominio cultural. De tal modo, el liberalismo argentino que había nacido atravesado por la enorme dificultad de articular su prédica liberalista en el mercado económico con la asunción de los valores de la democracia moderna (Terán, 1986: 5) aparece encarnado en la figura de los intelectuales liberales poniendo en cuestión y tensionando la ya clásica división del campo entre intelectuales de derecha y de izquierda. Reconciliados con los valores de la democracia, estos "nuevos intelectuales" avanzan sobre los espacios y, sentando posiciones políticas y éticas con el objetivo de disputar la construcción de una nueva hegemonía, se incorporan en los años noventa al debate por la conquista del sentido común (2).

Sobre la expansión liberal y la “cultura económica”

Atendiendo a lo desarrollado hasta este punto, podemos señalar que una serie de factores locales concomitantes con los movimientos globales tendientes a la expansión del neoliberalismo contribuyeron a que en la Argentina de los años noventa se operara una “importante transformación de la dinámica de los procesos de producción, circulación y aplicación de los conocimientos y con ello una redefinición del papel del intelectual” (Engelman-Zapata, 2002: 1). Intelectual que se vio confrontado, y en algunos casos incluso desplazado, por otros actores que pasaron a ocupar un lugar muy importante dentro del campo intelectual: economistas, periodistas, encuestadores, expertos en opinión pública y asesores de imagen de entre otros que pasan a disputarse la definición de la realidad.

Si bien podríamos datar el inicio de la “gran transformación” sufrida por la Argentina a mediados de los setenta, es principalmente durante los años ochenta y noventa que el neoliberalismo se erige como paradigma dominante en la Argentina.

Su creciente importancia coincidió con una profunda crisis económica de los países desarrollados que puso un freno al crecimiento sostenido de la economía mundial iniciado en la segunda posguerra, poniendo, a su vez, en cuestión los modelos basados en los Estados de Bienestar.

En este contexto, el papel desempeñado por los intelectuales en la construcción de una ideología y un clima de época que hiciera aparecer lo político como una esfera ilegítima, a partir de una “inversión del sentido por el cual la dimensión económica fuera sustraída a la soberanía y a las relaciones de poder” (Keifman-Blaum, 2009: 15) fue fundamental para la aceptación de los postulados neoliberales que sirvieron de fundamento a las reformas estructurales.

A esta construcción de un soporte ideológico (3) para las transformaciones impulsadas por el entonces presidente Carlos Menem, se sumaban la pervivencia de sensibilidades y mentalidades inclinadas a la defensa de la libertad individual que provenían de la memoria del autoritarismo, las fallas de rendimiento del Estado, la creciente segmentación de la sociedad, etcétera (Landi, 1988: 184), así como la ausencia de crecimiento económico y las disparadas inflacionarias, creando un contexto de verosimilitud para el avance del discurso neoliberal.

De tal modo, comenzaron a desarrollarse espacios (5) que, influidos en gran medida por las corrientes de pensamiento neoliberal que se estaban volviendo hegemónicas a nivel mundial, invocaban un saber superior de carácter científico tecnológico pretendidamente “no político”, posicionándose así más allá del conflicto social y de los distintos grupos y sectores sociales.

Mediante una marcada acción sobre el lenguaje, los actores vinculados a estos espacios procuraron ubicar el discurso técnico más allá de singularidades y particularismos presentándolo como un discurso representativo de los intereses de conjunto, como un discurso de lo universal; configurándose, de este modo, uno de los pilares del saber experto: la presentación de un saber técnico desprovisto de ideología. Saber que se presentaba como diametralmente opuesto a las demandas y a las reivindicaciones sociales

provenientes de los distintos sectores y clases que eran descalificados por usar un lenguaje “ideológico y político”.

Este nuevo idioma, técnico y políticamente neutro, era el de la economía y el de las ciencias sociales que se proponían divulgar echando mano de medios novedosos, tales como la televisión, los medios audiovisuales o la publicación de documentos de trabajo (Neiburg-Plotkin, 2004: 249).

Este cambio en los modos de legitimación de sus saberes –asociado a cambios en la forma de difusión y fundamentación del neoliberalismo que, presentándose a sí mismo como una teoría científica fundamentada por la ciencia económica antes que como una ideología (Beltrán, 2005: 27), incrementa la importancia del saber científico para el ejercicio de la dominación– es aquello que nos interesa señalar y problematizar, ya que en la medida en que otorga a los intelectuales expertos una gravitación mayor, pone en tensión a la propia identidad intelectual.

Posiblemente, esta apelación discursiva a nuevas formas de legitimación asentadas en la validación de su rol por medio de construcciones de tipo científicista (6) en oposición a las intervenciones intelectuales más bien clásicas caracterizadas por la confrontación ideológica, sea la particularidad más sobresaliente y más desafiante de este nuevo conjunto de operadores.

El modo en que el pensamiento de los políticos y de los teóricos de la política fue asumiendo los imperativos de la economía y de un cierto modo de pensarla, manifiesta una progresiva colonización de la política por la economía, que operó a la vez cambios en los modos de pensar la política agudizando cambios en la identidad y la función intelectual.

Identidades alteradas

Tal como señalara Altamirano (2006), el concepto de intelectual no tiene un significado establecido sino que, por el contrario, es multívoco, polémico y de límites imprecisos. Sin embargo, no por ello es menos cierto que habitualmente suele designar a aquellos individuos que reclaman como fundamento de legitimidad para sus intervenciones públicas un pensamiento crítico, independiente de los poderes y sustentado en el uso de la razón (Plotkin, 2004: 15).

Caracterizados como intérpretes de la realidad, su función aparece vinculada a la necesidad de dar orden simbólico a las cosas, orientando la conducta de la sociedad sobre la base de ciertas pautas y valores culturales (7). Y en la medida en que la política es el arte de organizar la convivencia en una sociedad, coincidimos con Hofmeister (2003: 9) en que en ello reside la función política del intelectual

Los años noventa, sin embargo, se caracterizaron por ser un período en el que los intelectuales no ocuparon un lugar de tanta exposición pública y a pesar de los progresos democratizadores que se dieron en el ámbito latinoamericano, se podía constatar una atmósfera general de desencanto y pesimismo, una declinación del espíritu crítico y la incapacidad de articular síntesis globales (Mansilla, 2003: 24).

De todos modos, aun cuando se debilitara la idea del intelectual como portador de las grandes síntesis ideológico-políticas, como portavoz de un sentido de la historia, así como sus funciones clásicas: la resistencia, la oposición, la organicidad (Patiño, 2003: 5); la eventual clausura de un universo identitario nunca se lleva a cabo de manera homogénea ni mucho menos armónica, de modo que la radicalidad de la clausura debía ser puesta en suspenso.

Por otro lado, del mismo modo en que en este período se muestra erosionada la confianza de los intelectuales en la posesión de saberes universales, la disposición a la escucha por parte del público, también se ve erosionada. Tal como apuntara Terán (2006: 93), tanto unos como otros se vieron involucrados en un enorme movimiento de transformación: mientras los primeros pasaban del intelectual total al intelectual local, los medios de comunicación audiovisuales redefinieron radicalmente el espacio de la recepción.

La televisión emergía como escenario y como protagonista del proceso político; y en lo que Landi llamó su "efecto cognitivo" (1992: 94) fue la que —a través de la figura del periodista— condicionó la manera en la que los individuos perciben y organizan su entorno, creando climas de opinión así como también la agenda que define las problemáticas de la sociedad en una etapa dada. Esta centralidad de los medios en la conformación de las culturas políticas del país en un momento determinado supuso un desplazamiento de los intelectuales de su función de construir simbólicamente la realidad social.

En el caso de nuestro país, el proceso de tendencia global que caracterizamos como "mediatización de la política" se inició con la campaña electoral de 1989, cuando la televisión se convirtió en actor directo de la política al sustituir los lugares clásicos de concentración colectiva y acción concertada, cuestionando el sistema tradicional de representación.

Sumado a esto, la complejidad social creciente ocasionada tanto por el desarrollo posindustrial como por la fragmentación social de nuestras crisis (Landi, 1992: 113) produjo heterogeneidades y segmentaciones tales que debilitaron la idea de representación colectiva, y con ella, las grandes instancias de representación (partidos, movimientos) en torno a los que se aglutina el consenso político en una sociedad democrática.

La identidad intelectual no se mantuvo ajena al proceso de transformación de las identidades sociales, políticas y culturales. De aquí que se vuelva ineludible la pregunta por la función de los intelectuales que se encontraron despojados de la tarea de generar horizontes comunes que habilitasen la formación de sujetos colectivos y de acciones colectivas.

¿El agotamiento de una determinada forma de intervención intelectual?

La constitución de los medios de comunicación de masas en lugares privilegiados de información y comunicación ciertamente redefinió el espacio público clásico. Ante este hecho, Landi (1992:44) advertía que las transformaciones del escenario del conflicto socio político eran a la vez parte y efecto de un profundo proceso de cambio de sus actores clásicos.

Aun cuando este ascenso de los *mass media* no significara necesariamente el fin de la acción intelectual convencional, al estructurar el nuevo espacio público sobre la base de principio mediático, los intelectuales clásicos se adaptaban mal provocando un problema complejo: el hecho de que era justamente en esta esfera pública metamorfoseada donde la discusión sobre los asuntos comunes tenía lugar.

En la medida en que esta se encontrara dominada por los medios masivos de comunicación, y que estos condicionaran los términos de la discusión así como sus contenidos (Quiroga, 2003: 221), la esfera se tornaba cada vez más eminentemente mediática y pasaba a regirse por lógicas ajenas al bien común (tales como el entretenimiento y el *rating*) poniendo en evidencia la necesidad de contar con un perfil de intelectual que reactualizase sus modalidades de intervención a fin de acompañar con nuevos esquemas de inteligibilidad las vías de construcción de sociedades democráticas en el marco del capitalismo.

Mientras esto no sucediera, la interpretación de los problemas era asumida por los periodistas y no tanto por los intelectuales, dando cuenta de la incidencia que la mutación de los vectores de expresión ha tenido en la monumental transformación de las formas expresivas de la práctica política.

La relevancia de los medios de comunicación en general y de la televisión en particular para la vida cotidiana de los sujetos les otorga un lugar privilegiado en la significación del mundo en común, de lo decible y de lo visible. Los periodistas, en estas condiciones, comenzaron a gozar de un lugar simbólico privilegiado y la política empezó a hacerse, en gran medida, a través de la televisión tanto por medio de las intervenciones periodísticas como de las presentaciones de los dirigentes políticos, que disputaban allí cada espacio que se les ofrecía (Vommaro, 1999: 7).

La aparición del periodista como la figura principal del terreno ideológico haciendo del periodismo un espacio privilegiado de la disputa por la definición del sentido de los asuntos públicos ponía de relieve el complejo entramado sobre el que se reconfiguraba el imaginario social en tanto fuerza reguladora de la vida colectiva.

A modo de conclusión: el caso de Bernardo Neustadt y la “Plaza del Sí”

Doctor Menem, tengo que pedirle encarecidamente un favor:

¿será posible que cambiemos la marcha peronista y,
en lugar de “combatiendo al capital” cantemos “seduciendo al capital”?

Se rió y asintió. Faltaba poco tiempo para que mi sueño de país eficiente comenzara a cumplirse.

Bernardo Neustadt

Destacábamos al comienzo de este trabajo la importancia de poner el debate cívico en el centro de la reflexión para poder abordar la dinámica entre las transformaciones estructurales y las operaciones conceptuales y culturales que fueron necesarias para alterar los esquemas interpretativos de la sociedad a lo largo de las últimas décadas, así como para la constitución de una cultura política democrática estable.

Pensar qué es lo que se problematiza en un momento dado nos permite captar temas y narrativas que se movilizan en torno a cierta cuestión. Y seguir estos temas o “tópicos” poniendo a los actores en escena nos permite ver los efectos políticos o ideológicos de los mismos.

En “La reconstrucción de la democracia Argentina”, Hugo Quiroga señala que pocas veces un tema concentró tanto la atención de los medios de comunicación y movilizó a la sociedad como el referido a las privatizaciones. Empresarios y trabajadores, políticos y funcionarios se posicionaron sobre uno u otro de los términos de la dicotomía privatización-estatización, dividiéndose de tal modo la opinión nacional.

Mientras los gremios estatales –más perjudicados por las medidas– lideraban la resistencia, el resto del arco sindical tendió a pactar con el gobierno, provocando que tras la retirada de Saúl Ubaldini y Lorenzo Miguel en octubre de 1989, se dividiera la Confederación General del Trabajo (CGT) en la CGT Azopardo y la CGT San Martín. Por su parte, en la sociedad parecía primar un clima relativamente favorable a la implementación de la primera etapa de reforma del Estado.

Sin embargo, entre los meses de marzo y abril de 1990 tuvieron lugar tanto la primera manifestación en contra del Gobierno (23 de marzo), que cuestionaba de modo global la autoridad del presidente Carlos Menem para transformar el Estado; como la primera manifestación en apoyo al rumbo económico del Gobierno y a la reforma del Estado (6 de abril).

Ambos actos representaban dos proyectos culturales que suponían dos lógicas en disputa por el dominio cultural. La tarea del menemismo aparecía centrada en la necesidad de expresar una cultura que fuera esencialmente distinta de la marxista y de la socialdemócrata creando un nuevo bloque de poder político.

Este último apartado tiene por objeto poner de relieve el rol que el periodismo pasó a desempeñar en esta época en lo relativo a la producción de ideas e imaginarios políticamente relevantes. Para ello, llevaremos adelante un somero análisis de la convocatoria del viernes 6 de abril de 1990 que, conocida como “La Plaza del Sí”, congregó a numerosos sectores de los ámbitos políticos, empresarios, profesionales, sindicales, etcétera, que marcharon a la Plaza de Mayo en apoyo al Gobierno. Como bien señalara Marcos Novaro (2004: 200), Menem supo hacerse de un nutrido séquito de periodistas y mantuvo una relación por demás estrecha y productiva con una rama de lo que Novaro denomina “intelectuales de largo plazo”: la de los economistas.

Unos y otros colaboraron estrechamente para que las reformas estructurales en general, y las privatizaciones en particular, fueran presentadas públicamente como el único modo de enfrentar la “quiebra del Estado” y, de este modo, emerger de la grave crisis que a fines de los años ochenta azotaba al país. El propio presidente, ante las demandas destinadas a negociar el plan económico, insistía en que no se trataba “de una cuestión ideológica, sino de los intereses de la Argentina que están por encima de cualquier bandería” (*El Cronista Comercial*, 1990: 3).

Puntualmente, queremos hacer énfasis en el papel jugado por el periodista Bernardo Neustadt desde su columna en *Ámbito Financiero* y el programa *Tiempo Nuevo* (8) en la convocatoria a la “Plaza del Sí” a

pesar de que el acto estuviera formalmente convocado por sectores del Gobierno tales como el vicegobernador bonaerense Luis Macaya y sindicatos oficialistas liderados por el gastronómico Luis Barrionuevo.

Si bien los convocantes eran de distintas vertientes, pertenecían en su mayoría al pensamiento conservador, liberal y tradicionalista. Sin embargo, desde y por los medios, se intentó construir un efecto de neutralidad con la finalidad de disolver la identidad ideológica de los organizadores y sus reivindicadores: “una convergencia de los núcleos duros de las culturas político-ideológicas populistas y conservadoras” (Bosoer, 1990).

De tal modo, el respaldo al rumbo tomado por el Gobierno que se puso de manifiesto en la concentración en Plaza de Mayo del 6 de abril fue construido como “general”. Se subrayaba constantemente que la organización del acto no tenía “dueños”, se enfatizaba el hecho de que no hubiera oradores previstos y que la concurrencia al acto fuera sin banderas partidarias portando en cambio enseñas patrias, con la pretensión de enfundar lo sectorial en “lo nacional”.

De aquí que la consigna que convocaba al acto fuera: “La gente convoca a la gente” (7) y las múltiples solicitadas públicas (8) que circularon en los medios de comunicación escritos concluyeran con la frase: “El viernes 6 de abril vamos a Plaza de Mayo. Sin carteles ni identificaciones partidarias o sectoriales. Solo con banderas argentinas”.

También las palabras de Bernardo Neustadt respondían a esta intención despolitizante cuando en su columna del Diario *Ámbito Financiero* insistía en que él no tenía nada que ver con la convocatoria de los gremios y dirigentes menemistas a la Plaza de Mayo: “... mi ‘Plaza del sí’ es otra cosa; es un grito a los socios del silencio para que no sigan de espectadores. Que sean protagonistas. Que no permitan que las minorías que aúllan tengan “la calle ganada” mientras los argentinos que trabajan y sueñan ven pasar la historia desde una resignación exasperante. No nos van a engañar los dueños del fracaso. Hay que hacerles notar que los socios del silencio son más. Que el ‘no’ es un curro excepcional” (Neustadt, 1990).

Las evaluaciones respecto del éxito de esta, en los días subsiguientes, insistieron sobre la idea de que “la masa independiente, sin activismo, casi individual, que adhirió el viernes, fue lo que definió el éxito de esa concentración” (*Ámbito Financiero*, 1990: 3). En cambio, aquellos que se manifestaron en contra del rumbo económico tomado por el Gobierno fueron sistemáticamente catalogados como “aquellos privilegiados que se encontraban circunstancialmente cerca del poder de turno” y eran ahora “creyentes nostálgicos”.

Según evaluara Bernardo Neustadt, el deseo de la mayoría de los que estaban reunidos en la plaza era respaldar la política de ajuste y privatizaciones llevada adelante por Carlos Menem. Las publicaciones que aparecieron en los distintos diarios de la época, lo refrendaban: “Hoy no existe economista, político, empresario, ni un dirigente sindical que no coincida en aceptar como óptimo el marco global del proyecto defendido por Menem: reducción del intervencionismo estatal, impulso del capital privado, redistribución del

gasto público a favor del gasto social, apertura de mercados y alineamientos internacionales con los grandes centros de poder económico" (*El Cronista Comercial*, 1990: 11).

Para poder vender las racionalidades instrumentales como imprescindibles al tiempo que se denostaba la ideología, era necesario que el proyecto liberal en lo económico estuviera acompañado y sostenido por una revolución conservadora en lo político y cultural. También era necesario construir un ambiente cultural y político específico que permitiera el resurgimiento del liberalismo como expresión ideológica de un capitalismo innovador.

La Plaza del Sí no sería la primera ni la última intervención de Bernardo Neustadt en la lucha por hegemonizar el sentido común de la sociedad durante los años menemistas. Desde *Tiempo Nuevo* fueron numerosas las prédicas y las campañas sin cuartel contra el "Estado deficitario" que contribuyeron a hacer de la particular lectura sobre el mundo del menemismo no solo una visión universal, sino también la única válida.

Para finalizar, podríamos señalar que la doble colonización del discurso político por el discurso económico y por los imperativos técnicos de los *mass media* (Rinesi-Vommaro, 2007: 439) no implicó que el espectáculo televisivo y la economía reemplazaran a la política y la imagen desplazara a las palabras. Tal como fuera señalado por Oscar Landi (1992: 118), no existe un único género en el que la palabra política puede articularse, ni tampoco un único enunciador posible de esas palabras. Desde el momento en que las culturas políticas están compuestas por "paquetes de géneros", estas pueden ser muy cambiantes y no tener necesariamente su centro en el discurso político clásico.

Las transformaciones de la acción política han implicado profundos cambios en el orden profesional y en las funciones intelectuales, y mientras algunas formas de intervención intelectual se devalúan sin ser reemplazadas por nuevas, otros actores pasan a ocupar posiciones centrales. Los años noventa son el ejemplo más acabado de esta colonización de espacios por parte de nuevos actores que se disputan la definición de la realidad. De aquí que se haya asistido a la emergencia de economistas, encuestadores, expertos en opinión pública, pero sobre todo periodistas que, incorporados a la lucha por la producción de un sentido compartido que articulase institucional o informalmente a la sociedad, hicieron del periodismo un espacio privilegiado de la disputa por la definición del sentido de los asuntos públicos.

Pareciera que el medio intelectual sufre una recomposición ideológica progresiva y que el devenir de estas transformaciones es aún incierto. Pero tal como han señalado Ory y Sirinelli (2007), la metamorfosis es real y debemos hacernos eco de esta transformación.

Notas

(1) A lo largo del trabajo, al hablar de campo intelectual haremos referencia a la categoría acuñada por Bourdieu, entendida como un espacio de combate por capital simbólico con reglas que son internas a ese campo y definidas dentro de él a través de un sistema de

jerarquías internas que incluye vínculos con instituciones otorgadoras de prestigio y legitimidad. Sin embargo, cabe señalar que particularmente en países como la Argentina, los campos no son totalmente autónomos, ya que están atravesados por tensiones generadas en otros campos, particularmente el de la política.

(2) A este respecto, Sergio Morresi (2008) ha señalado que para mediados de la década del ochenta, había comenzado a estabilizarse el perfil de lo que él llama una "nueva derecha"; sumando a su poder económico, un importante caudal de poder político y cultural. Para este autor, el poder que ha alcanzado esta fuerza es, en buena medida, el fruto de un triunfo cultural, ético político de gran envergadura.

(3) Al igual que Alfonsín, Menem también convocó a "intelectuales" a colaborar en ciertas áreas de gobierno. Sin embargo, tal como señalara Hugo Quiroga (2003:219), esto se debió primordialmente a la necesidad de conocimientos técnicos reclamados por la complejidad del proceso de toma de decisiones en las sociedades contemporáneas y no a la intención de contribuir a que la sociedad deliberase sobre sus problemas y discutiese metas a largo plazo. De aquí que la mayoría de las incorporaciones fueran, sobre todo, expertos en la esfera de la economía.

(4) Esta caracterización condensa una línea proveniente de la Ilustración que refuerza y confunde la imagen del intelectual que conocemos con el "intelectual moderno".

(5) Engelman y Zapata presentan en su trabajo a la Fundación Mediterránea creada en 1977 como un espacio de elaboración de estudios técnicos que en cuanto a sus contenidos contribuyó a afianzar el rumbo de un conjunto de políticas económicas a lo largo de la década del noventa y que introdujo ciertos cambios en el proceso mismo de elaboración de políticas y por consiguiente, en la manera de hacer política en el fin de siglo. Ver: Engelman Ana, Zapata Laura, "Los analistas simbólicos: el poder de los saberes expertos", *V Jornadas de Sociología*, UBA, noviembre 2007, p. 3.

(6) Existe una serie de trabajos como los de Beltrán (2005), Heredia (2006) y Canelo (2004, 2008) que establecen una diferenciación entre dos figuras que compondrían a la intelectualidad liberal: los ideólogos por un lado y los técnicos por el otro. Mientras los primeros aparecían en el espacio público con discursos del tipo ideológico-polémico; los segundos, validaban su rol por medio de construcciones de tipo cientificista. Aun cuando ambos compartían, centralmente, un diagnóstico común sobre la realidad argentina, la diferencia entre unos y otros, aparecía asociada a una cuestión generacional que revelaba además concepciones diferentes del rol del intelectual siendo caracterizados los primeros como "tradicionales" y los segundos como "pragmáticos". Ver: Beltrán, 2005.

(7) Tal como señalaran Rinesi y Vommaro (2007: 442) "la gente" es una forma de designar de manera aséptica, apolítica y neutral, como a un gran colectivo estadístico, a los ciudadanos de un país.

(8) Solicitada I

LOS QUE QUEREMOS EL CAMBIO

En los últimos tiempos, solo pudimos escuchar a los que se oponen, a los que protestan, los que están en contra del cambio, los que dicen NO.

Ellos se movilizan, gritan, se hacen escuchar, expresan su queja.

Tienen derecho a hacerlo, para eso elegimos vivir en democracia.

Pero nosotros ¿qué hacemos?

Qué hacemos los que apoyamos, los que tenemos propuestas, los que queremos el cambio, los que decimos sí.

La Argentina atraviesa un momento crucial: o nos resignamos a llorar sobre las ruinas de lo que no fue, o nos arremangamos para trabajar por el futuro del país.

NOSOTROS NO QUEREMOS RESIGNARNOS

Si usted está por el cambio. Si apoya la reforma de un Estado que vive a costas del pueblo. Si quiere que se terminen las prebendas y privilegios. Si elige reglas económicas estables y equitativas. Si aspira a que su país no vaya a contramarcha de la historia y quiere vivir en una sociedad que adopte como valores supremos la libertad, al democracia, la paz, la solidaridad, la justicia social; ahora es el tiempo de expresarlo todos juntos.

LA GENTE CONVOCA A LA GENTE

El viernes 6 de abril vamos a Plaza de Mayo. Sin carteles ni identificaciones partidarias o sectoriales. Solo con banderas argentinas. (*El Cronista Comercial*, 2 de abril de 1990).

(9) “Estaba convencido de que había muchos que estaban tan cansados como yo de que un gobierno tras otro se dedicara al maquillaje de apuro, a la cosmética. **Menem empezaba a aplicar las ideas que andaban triunfando en el mundo** (...). Me decidí entonces a **incentivar** a todos los que estaban a favor del cambio a que dejaran su pasividad y se expresaran públicamente. (...) **Para lograrlo, lancé desde la radio, la televisión y el diario *Ámbito Financiero* una convocatoria abierta** que tenía mucho sabor a desafío”. Bernardo Neustadt (1995): *No me dejen solo*, Buenos Aires, Planeta. El resaltado es nuestro.

Bibliografía

- Altamirano Carlos (2006), *Intelectuales, Notas de Investigación*, Bogotá, Norma.
- Altamirano Carlos (dir.) (2008), *Historia de los Intelectuales en América Latina, I, La ciudad Letrada, de la conquista al modernismo*, Buenos Aires, Katz.
- Beltrán, Gastón (2005), *Los intelectuales liberales. Poder tradicional y poder pragmático en la Argentina Reciente*, Buenos Aires, Eudeba.
- Blaum, Luis y Saúl Keifman (2009), “Contingencia y fetichismo: variaciones en torno a Polanyi, Marx y Keynes”, *Revista de Historia Antigua y Oriental* 14/15.
- Bosoer, Fabián (1990), “La marchas del sí y del no”, *La Ciudad Futura* 22, p. 6.
- Canelo, Paula (2004), “La política contra la economía: Los elencos militares frente al programa económico de Martínez de Hoz”, en Pucciarelli, Alfredo (coord.), *Empresarios tecnócratas y militares*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Canelo, Paula (2008), “Las “dos almas” del proceso. Nacionalistas y liberales durante la última dictadura militar argentina (1976-1981)”, *Revista Páginas*, 1 [en línea]. Disponible en: <<http://www.revista.ishir-conicet.gov.ar/index.php/RevPaginas/article/viewFile/12/9>>.
- Engelman Ana y Laura Zapata (2002), “Los analistas simbólicos: el poder de los saberes expertos”, en *Actas de V Jornadas de Sociología*, UBA.
- Heredia, Mariana (2006), “La demarcación de la frontera entre economía y política en democracia. Actores y controversias en torno de la política económica de Alfonsín”, en Pucciarelli, Alfredo (coord.), *Los años de Alfonsín ¿El poder de la democracia o la democracia del poder?*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Hofmeister, Wilhem (2003), “Introducción”, en Hofmeister-Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens.
- Quiroga, Hugo (2003), “Intelectuales y política en la Argentina. Notas sobre una relación problemática”, en Hofmeister-Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens.
- Quiroga, Hugo (2005), *La Argentina en emergencia permanente*, Buenos Aires, Edhasa.
- Landi, Oscar (1988), *Reconstrucciones, Las nuevas formas de la cultura política*, Buenos Aires, Puntosur.

- Landi, Oscar (1992), *Devórame otra vez. Qué hizo la televisión con la gente, qué hace la gente con la televisión*, Buenos Aires, Planeta.
- Lesgart, Cecilia (2003), *Usos de la transición a la democracia: Ensayo, ciencia y política en la década del 80*, Homo Sapiens, Rosario.
- Mansilla, H. C. F. (2003), "Intelectuales y política en América Latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental", en Hofmeister-Mansilla (eds.), *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*, Rosario, Homo Sapiens.
- Morresi, Sergio (2008), *La nueva derecha argentina. La democracia sin política*, Buenos Aires, UNGS-Biblioteca Nacional.
- Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano (comps.) (2004), *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós.
- Neustadt, Bernardo (1995), *No me dejen solo*, Buenos Aires, Planeta.
- Neustadt, Bernardo (1990), "Cadena de la infelicidad", *Ámbito Financiero*, 30 de marzo.
- Novaro, Marcos y Vicente Palermo (2004), *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.
- Ory, Pascal y Jean-François Sirinelli (2007), *Los intelectuales en Francia. Del caso Dreyfus a nuestros días*, Valencia, PUV.
- Patiño, Roxana (1998), "Punto de Vista, la persistente mirada intelectual", *Revista Iberoamericana de Bibliografía* N.º 1.
- Patiño, Roxana (2003), "Narrativas políticas e identidades intelectuales en Argentina (1990-2000)", *Working Paper* N.º 10, Latin American Studies Center, University of Maryland, College Park.
- Quiroga, Hugo (2005), "La Reconstrucción de la democracia argentina", en Suriano, Juan (dir.), *Dictadura y democracia (1976-2001)*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Rinesi, Nardacchione, Vommaro (eds.) (2007), *Los lentes de Victor Hugo. Transformaciones políticas y desafíos teóricos en la Argentina reciente*, Buenos Aires, Prometeo.
- Svampa, Maristella (2007), "¿Hacia un nuevo modelo de intelectual?", *Revista Ñ*, Buenos Aires, 29 de septiembre.
- Terán, Oscar (1986), "Perfil de la nueva derecha", *La Ciudad Futura* N.º 2.
- Terán, Oscar (2006), *De utopías, catástrofes y esperanzas. Un camino intelectual*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Torre, Juan Carlos (2004), "Los intelectuales y la experiencia democrática", en Marcos Novaro-Vicente Palermo (comps.), *La historia reciente, Argentina en democracia*, Buenos Aires, Edhasa.
- Vommaro, Gabriel (1999), "Los sondeos de Opinión Pública como herramienta política. El caso de las elecciones nacionales de 1999", en *Actas V Congreso Nacional de Ciencia Política*, SAAP.

Periódicos

Ámbito Financiero del 9/4/90, "Fue un éxito. Punto", p. 3.

El Cronista Comercial del 11/3/90, p. 11.

El Cronista Comercial del 21/3/90, "Menem advirtió que el plan económico no se negocia", p.3.

El Cronista Comercial del 2/4/90, Solicitada.